

CHARLES L. ALLEN

TODO ES POSIBLE  
MEDIANTE LA  
ORACIÓN

LA LLAVE QUE ABRE PUERTAS



BUENOS AIRES - MIAMI - SAN JOSÉ - SANTIAGO

[www.peniell.com](http://www.peniell.com)



©2009 Editorial Peniel

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma sin el permiso escrito de Editorial Peniel.

Las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina Valera 1960, a menos que se indique lo contrario.

© Sociedades Bíblicas Unidas.

**EDITORIAL PENIEL**

Boedo 25

Buenos Aires, C1206AAA

Argentina

Tel. 54-11 4981-6178 / 6034

e-mail: [info@peniel.com](mailto:info@peniel.com)

[www.peniel.com](http://www.peniel.com)

*Diseño de cubierta e interior:*

ARTE PENIEL • [arte@peniel.com](mailto:arte@peniel.com)

Copyright (C) 1958 by Fleming H. Revell, 2003 by Charles Livingstone Allen

Originally published in English under the title:

*All Things are Possible Through Prayer*

by Fleming H. Revell,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved.

---

**Allen, Charles Livingstone**

*Todo es posible mediante la oración MM.* - 1a ed. - Buenos Aires : Peniel, 2009.

176 p. ; 11x17 cm.

Traducido por: Nilda Sassaroli

ISBN 10: 987-557-219-5

ISBN 13: 978-987-557-219-5

I. Oración. I. Sassaroli, Nilda, trad. II. Título

CDD 242.

---

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

## PREFACIO

# LLAVES PARA ABRIR PUERTAS

Nuestro Señor dijo: “*Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios*” (Lucas 18:27). Jesús también dijo: “*Si puedes creer, al que cree todo le es posible*” (Marcos 9:23).

Conozco a un hombre que ponía sus llaves dentro de uno de sus zapatos cada noche cuando se iba a dormir. A la mañana siguiente cuando se vestía para comenzar un nuevo día, ese zapato era lo último que se ponía. Él sacaba las llaves, las colocaba en la mano y decía algo como esto:

“Señor, este día voy a llegar delante de ciertas puertas que están cerradas, pero voy a usar estas llaves para abrirlas. Y que pueda recordar hoy, que hay una llave para cada situación, una solución para cada problema. Que nunca me rinda ante una de las puertas cerradas de la vida. Por el contrario, que pueda usar estas llaves en el llavero de la oración hasta que pueda encontrar la llave correcta y la puerta se abra.”

Soy uno de los que cree que con Dios nada es desesperante: que “todas las cosas son posibles a través de la oración.” En estas páginas he buscado señalar algunas de las puertas de la vida que están cerradas con llave y algunas llaves de la oración que abrirán esas puertas.

La Sra. Marion Legg Hutchinson, mi secretaria, me ha brindado una ayuda invaluable para preparar estas páginas. Para ella tengo el agradecimiento sincero de mi corazón.

# ÍNDICE

1. <i>La actitud receptiva</i>	9
2. <i>El desafío de preguntar</i>	16
3. <i>Dios es un Dios grande</i>	23
4. <i>Aprendiendo la voluntad de Dios</i>	30
5. <i>La oración trae la más grande felicidad a la vida</i>	37
6. <i>La oración y la paz mental</i>	44
7. <i>Tres imperativos: Fe, esperanza y amor</i>	51
8. <i>La marea entrará</i>	59
9. <i>Los deseos insatisfechos</i>	66
10. <i>Rindiendo sus deseos</i>	73
11. <i>Trasladando los montes</i>	80
12. <i>Oración por confianza en el mañana</i>	87
13. <i>Venciendo las tensiones internas</i>	93
14. <i>Cuando tenga un dolor en su corazón</i>	99
15. <i>Cuando esté decepcionado</i>	106
16. <i>Cuando haya fracasado</i>	112
17. <i>Cuando tenga melancolía</i>	118
18. <i>Cuando esté imposibilitado</i>	124
19. <i>Cuando las lágrimas afloren</i>	131
20. <i>Cuando esté agitado</i>	138
21. <i>Orando por otros</i>	145
22. <i>Orando por sanidad</i>	153
23. <i>La oración de fe que salva al enfermo</i>	160
24. <i>Cómo contesta Dios la oración</i>	167



## LA ACTITUD RECEPTIVA

**P**areciera extraño que los discípulos de Jesús hubiesen dicho: “Señor, enséñanos a orar” (Lucas 11:1). Indudablemente, estos hombres habían crecido en hogares estrictamente religiosos. Habían asistido a la iglesia y orado toda su vida. Si un año antes usted le hubiese preguntado a los discípulos: “¿saben cómo orar?”, se hubiesen indignado. “Por supuesto, sabemos como orar”, hubieran respondido. “Lo hemos hecho regularmente durante años”.

Habrían podido citar muchos versículos de La Biblia con respecto a la oración. Podrían haber contrarrestado los argumentos contrarios a la oración y dar las razones por las cuales orar. No obstante, cuando vieron a Jesús orando, se dieron cuenta que no sabían hacerlo. Vieron cuánto tiempo le dedicaba a la oración y lo que significaba en su propia vida. Lo vieron introducirse en la oración con una actitud y salir con otra. Como resultado de sus oraciones, vieron que las cosas cambiaban. Para ellos la oración era una formalidad, pero para Cristo era una fuerza.

Cuando los discípulos vieron a Jesús orar, se dieron cuenta que era algo bien distinto a lo que ellos hacían cuando

oraban, y entonces le dijeron: “Señor, enséñanos a orar”. Ese pedido ha estado en los labios de muchas personas a partir de ese día.

En respuesta a su pedido, Jesús les dijo: “Vosotros, pues, oraréis así: *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...*”. Es decir, el primer paso en la oración es: Usted debe creer en Dios, debe centrar su mente en Dios, debe sentir la presencia de Dios, debe recibir el Espíritu y el poder de Dios en su propia mente y corazón.

El mundo está familiarizado con la historia inmortal del gran Tolstoi. Era acaudalado, honorable, aclamado por todas partes, pero eso no lo satisfizo. Contó como atravesó las emociones pecaminosas de la vida, pero todas ellas lo dejaron con un descontento que lo carcomía.

Un día estaba caminando por el campo. Vio a un campesino y observó el semblante de paz y felicidad en el rostro del hombre. Tolstoi se dijo a sí mismo: “Este campesino no tiene nada y aún así parece lleno del gozo de la vida”. Después de un período de estudio honesto, concluyó que le faltaba Dios, y entonces buscó a Dios. Un día lo encontró y supo la respuesta para el hambre y el descontento. Como resultado de su propia experiencia, Tolstoi nos ofreció esta gran conclusión: “Conocer a Dios es vivir”.

El comienzo de la oración es recibir a Dios. Eso significa que debemos orar con una actitud receptiva. Usted se levanta a la mañana pensando en las cosas que debe hacer ese día. Su mente es activa y agresiva y hora por hora durante el día dedica su pensamiento, tiempo y esfuerzo en las actividades de su labor. Luego esa noche asiste a un gran

concierto de música. Pero, para disfrutarlo, debe cambiar su actitud. En lugar de ser agresivamente activo, durante el concierto debe ser receptivo. Del mismo modo, cuando oramos, debemos ser receptivos: “*Estad quietos, y conoced que yo soy Dios*”, dijo el salmista.

El primer paso en la oración es recibir a Dios. La razón por la que muchas personas nunca aprenden a orar es porque nunca cambian la actitud agresiva por una receptiva. Vamos por la vida diciendo: “Esto es lo que yo quiero, esto es lo que haré” y la oración es solamente una forma adicional de concretar nuestras ambiciones.

Para muchos, la oración es solo una goma de auxilio, algo para ser usado cuando las otras gomas fallan. Nosotros planeamos, trabajamos y luego, si no obtenemos lo que queremos y no podemos hacer lo que nuestro corazón se ha fijado, decimos: “Dios, obténlo por mí”, o, “Dios, hazlo por mí.” Tratamos de hacer de la oración solo la continuación de nuestro espíritu de ir adquiriendo de la vida moderna.

Pero de incontables formas, Dios fuerza la entrada a nuestra vida. Por ejemplo, usted se levanta una mañana sintiéndose extra bien. El cielo está azul, el aire es fresco, usted se siente bien, piensa en las oportunidades del día. Usted dice: “Estoy muy agradecido por estar vivo.” ¿Pero agradecido con quién? No con el cielo, no podría entender sus sentimientos. No con su familia o amigos, significan mucho para usted, pero no han creado su mundo. No está agradecido con usted mismo. Está expresando su alabanza, no la está recibiendo. Subconscientemente, reconoce a Dios y está orando realmente.

Alguna tragedia llega a nuestra vida. Nuestra primera reacción es de rebeldía. Nosotros decimos: “No es justo –me resiento por esto– no lo deseo”. ¿Pero a quién le hablamos? No a las cuatro paredes de nuestra casa, porque no podemos oír lo que dicen. Aunque podemos expresarle nuestros pensamientos a algún amigo, realmente no le estamos hablando a esa persona. Él o ella no ocasionaron la tragedia. Somos conscientes del Poder que está fuera del alcance del poder humano que está obrando en nuestra vida diaria. Reconocemos a Dios.

A veces nos avergonzamos de nosotros. ¿Nos avergonzamos porque alguien descubrió nuestra falencia? Ese puede ser el caso, pero muchas veces nos avergonzamos porque sabemos que nunca seremos descubiertos. Aquellos que están más cerca nuestro nunca sabrán, no obstante, sentimos vergüenza. ¿Por qué? Porque sabemos que es sabido. ¿Sabido por quién? ¿Por nosotros mismos? Sí, pero sabido también por Alguien más y ese Alguien es Dios. Dios tiene una forma de forzar la entrada a nuestra vida y hacerse sentir.

El principio del poder abre conscientemente nuestra mente a Dios y es receptivo a su presencia, a su Espíritu, a su voz y a su voluntad. Jesús dijo: “Algunas personas piensan que serán escuchadas por hablar mucho”, pero señaló: “*vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis*”. El objetivo de la oración es no contarle a Dios una cantidad de cosas. Primero, Jesús dijo, orad: “*Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre*”. Realmente orando con estas palabras se logra lo que Whittier tenía en mente cuando oró:

Deja caer todavía tus rocíos de calma,  
 hasta que nuestra lucha termine;  
 toma la tensión y el estrés de nuestras almas,  
 y permite que nuestras vidas ordenadas confiesen  
 tu hermosura y tu paz.

Cuando una persona ora con la mente centrada en Dios, le siguen dos resultados: primero, nuestras oraciones son positivas en lugar de negativas. Vez tras vez algunas personas me han dicho: “Yo oro, pero no me sirve de nada”. El hecho es que, a menudo, cuando oramos por algún hábito, alguna tentación, alguna debilidad o alguna necesidad, ello no nos produce el daño.

Por ejemplo, tenemos a alguien que está enfermo y ora para estar bien. Esa persona dice:

–Señor, estoy muy enfermo.

El Señor puede responder:

–Usted no me parece muy enfermo.

–Oh, sí, Señor, simplemente no sabes. Toca mi frente y conocerás mi temperatura. Toca mi pulso, ve cuán débil está. Señor, no me siento como para cantar, todo lo que como me produce náuseas, todo me crispa los nervios. Oh, sí Señor, estoy enfermo. Restabléceme y dame salud.

Esa clase de oración puede enfermar incluso a una persona sana. Ciertamente no hará que un enfermo se sane. Lo mismo se aplica a alguien con malos hábitos en su vida. Cuanto más seriamente ore al respecto, más firmemente se fijará en su pensamiento. Pero cuando alguien comienza con Dios, en lugar de concentrarse en el problema, llena su

mente con el poder de Dios; en lugar de nuestros pecados, vemos la salvación; en lugar de los temores de la vida, encontramos la fuerza a través de la fe en Él.

Segundo, cuando Dios es el centro de nuestra oración, entonces oramos sin desanimarnos. La razón para desanimarnos es porque perdemos la esperanza, y la razón por la cual perdemos la esperanza es porque perdemos a Dios. La Biblia dice: *“Espera en Dios”*. Dios tiene la sabiduría para solucionar todos los problemas. Tiene el poder para ganar todas las victorias.

Estudie el Salmo 23, el mejor ejemplo de oración del Antiguo Testamento. Allí tenemos nueve peticiones centradas en el carácter de la actividad de Dios. David tenía problemas y debilidades en su propia vida. Vivía en un mundo que a veces parecía oscuro, pero al orar era positivo. Afirmaba la existencia de Dios y sentía su presencia. Luego David terminaba esa oración con dos conclusiones: Primero, mañana estará todo bien: *“El bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida”*, decía. Segundo, después de mañana también estará todo bien: porque él entraría a *“la casa del Señor”*.

Lea nuevamente el Padre Nuestro. Comienza con Dios y luego mira la vida con una fe optimista. Cree que el Reino de Dios puede llegar; que nuestras necesidades físicas diarias pueden ser suplidas; que nuestros pecados pueden ser perdonados, que podemos tener fuerzas para los conflictos de la vida que están por delante.

El Obispo Arthur J. Moore nos contó de un hombre que saltó para matarse por una ventana de un edificio alto.

Comentando sobre ese hombre, el antiguo consejero negro del edificio, que conocía al hombre, dijo: “Cuando un hombre ha perdido a Dios, no hay nada que hacer sino saltar”.

Pero mientras uno tenga a Dios, siempre hay algo más para hacer. No importa cuán malo haya sido ayer, con Dios hay un buen mañana por delante.

Y el primer propósito de la oración es conocer a Dios. Es como dijo Tolstoi: “Conocer a Dios es vivir”.



## EL DESAFÍO DE PREGUNTAR

**A** Kate Smith se le pidió que describiera su filosofía sobre la vida. Ella dijo que había sido la misma desde que era una niña y podía definirlo con solo tres palabras: “*Intenta pidiendo a Dios*”. Entonces contó la historia del comienzo de esa fe para ella.

Una vez, ella salió en un bote a remos por la bahía de Chesapeake con otras dos chicas. Las tres juntas en su temprana adolescencia. No notaron que la marea alta (pleamar) las había llevado muy lejos de la orilla y era casi de noche. Repentinamente se sintieron llenas de temor. Gritaron pidiendo ayuda pero nadie las podía escuchar. Luego Kate Smith recordó una frase de La Biblia: si dos o tres se unían en su nombre, Él estaría en medio de ellos.

“Estamos al límite” –les dijo a sus amigas–, La Biblia dice *dos o tres* y somos tres. Dios nos va salvar si se lo pedimos”. Oraron. Y fuera de las tinieblas que se habían juntado se asomaron las líneas de un barco. Fueron llevadas a la orilla y devueltas a la seguridad. Desde ese momento, en los problemas, en las necesidades, en las decepciones, en cualquier circunstancia de la vida, su filosofía fue simple: “Intente pidiendo a Dios”.

Esa fe simple me atrajo y busco practicarla. Por supuesto, hay algunos que cuestionan sobre la base, que es usar la religión para su propio bien. Pero pregunto: “¿Cuestiona Dios que sus hijos sean exitosos en la vida?”. He leído el Nuevo Testamento toda mi vida y no recuerdo ni una sola frase argumentando que los cristianos deben fracasar en la vida. Y recuerdo que Jesús dijo: “*Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?*”. Y en el mismo pasaje, Jesús dijo: “*Pedid, y se os dará...*” (Mateo 7:7-11). Realmente, ¿por qué no intentar pedir a Dios?

En los primeros capítulos de La Biblia leemos cómo Dios hizo el mundo. Todo lo que está aquí: Fue hecho por Él. Luego hizo al hombre y le dijo que sojuzgara la Tierra. Es decir, poséela y úsala para tu propio bien. Y cuando le pido a Dios que me ayude en la vida, le estoy pidiendo que me ayude a concretar lo que Él mismo me dijo que hiciera. Seguramente entonces, no es desagradar a Dios pedirle su ayuda y sus bendiciones.

Pero por otro lado, alguien puede decir, pedí a Dios pero no recibí lo que pedí. Todos recordamos haber leído la *Aventura de Huckleberry Finn*, y recordamos a Huck hablando sobre el tema de la oración, dijo:

“La Srta. Watson me llevó al gabinete y oró, pero no resultó. Me dijo que orara todos los días, y lo que pidiera lo tendría. Pero no fue así. Traté de hacerlo. Una vez obtuve una caña de pescar, pero sin los anzuelos. No me servía para nada sin ellos.

Traté de conseguir los anzuelos orando, tres o cuatro veces, pero por alguna razón no pude hacer que funcionara. Luego, un día, le pedí a la Srta. Watson que lo intentara por mí, pero dijo que yo era un tonto. Nunca me dijo por qué, y no pude llegar a ninguna parte.

Una vez, me detuve en los bosques, y pensé mucho al respecto. Me dije, si un cuerpo puede obtener todo lo que pide, ¿por qué Deacon Winn no recupera el dinero que perdió en carne de cerdos? ¿Por qué la viuda no puede recuperar la tabaquera de plata que le robaron? ¿Por qué la Srta. Watson no puede engordar? No, me dije, no pasa nada con esto”.

Si todos los que están de acuerdo con Huck Finn dirían amén juntos, el mismo se oiría en todo el mundo. Oramos por salud, y llegó la enfermedad; oramos para que los seres queridos se sanaran, y fallecieron; oramos por cosas materiales, y nunca llegaron. Sí, oramos y es como dice Huck Finn: “Nada sucede”. ¿Entonces cuál es la respuesta?

En el cuarto capítulo de la epístola de Santiago, leemos estas palabras: “*Pedís, y no recibís, porque pedís mal...*”. En ese mismo capítulo Santiago nos dice: “*Someteos, pues, a Dios...*”. Y más adelante dice: “*Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros...*”. También, dice Santiago: “*Humillaos delante del Señor, y él os exaltará*”.

El comienzo de la oración es una correcta relación con Dios; sin ese comienzo, meramente pronunciamos palabras y las llamamos oraciones. Recientemente un amigo me regaló una hermosa lámpara eléctrica para mi escritorio. La hizo, cuidadosa y amorosamente para mí y es algo hermoso.

Pero supóngase que la llevo a casa, enciendo la llave, y no se enciende la luz. Puedo llegar a la conclusión que todas las lámparas eléctricas son falsas. El problema puede estar en la lámpara. Por otra parte, puede suceder que yo falle al conectarla a la fuente de corriente eléctrica. El mundo está lleno de electricidad, pero hasta que no conecto mi lámpara a ella, no se encenderá.

Lo mismo sucede con la oración. Puedo usar las palabras y frases más hermosas, pero hasta que no me conecte con la gran Fuente de poder, mis oraciones son solo palabras sin sentido. Jesús le dijo a algunas personas “... *que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis. Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre*” (Mateo 6:7-9). Es decir, antes de considerar los resultados de la oración, conéctese con la Fuente.

Recientemente pasé cinco días en Florida conduciendo servicios de avivamiento. Durante las tardes iba a la playa y miraba el agua. Mientras estaba allí pensé en una mujer de la cual uno de nuestros grandes predicadores nos habló. Ella estaba enferma y fue a Florida a recuperarse. Todos los días iba sola a la playa y allí, en medio de la naturaleza, practicaba deliberadamente volver su mente a Dios. Un día llegó a estar verdaderamente consciente del profundo silencio de la naturaleza. La calma fue tal que pudo escuchar el latir de su corazón. Ella comenzó a notar el ritmo acompasado de su corazón.

Al escuchar latir su corazón, volvió sus ojos y miró el césped de la playa cerca suyo: Ella notó cuán limpio había

quedado por las aguas de la marea. También notó que el césped se movía lenta y graciosamente de un lado a otro con la buena brisa. Mientras lo observaba fue consciente de que el césped, también, tenía un ritmo —el mismo ritmo que el latido de su corazón.

Luego sus ojos se elevaron hacia el mar y observó las olas levantarse, caer y enrollarse sobre la arena limpia. Rápidamente tomó conciencia de que eso, también, tenía ritmo, un ritmo como el de las olas del césped y del latido de su corazón. Comenzó a darse cuenta que había una armonía fundamental en todo el universo. Se dio cuenta que estaba a tono con la naturaleza y que Dios es el gran Creador y, por lo tanto, ella estaba a tono con Él. Se dijo: “Ahora sé que hay un poder mediante el cual la vida puede ser recreada debemos estar a tono con ese poder”.

Y allí está el comienzo de la oración: Estar a tono o conectados con Dios, la Fuente de toda fortaleza y poder. No necesitamos encender la llave, buscar las bendiciones de la oración, hasta que primero nuestras vidas estén debidamente conectadas con Dios. Es por eso que tantos fracasan en obtener lo que piden en oración.

Debemos pedir con fe. Recordemos cómo dos ciegos fueron a Jesús pidiendo ser sanados. Para ellos Jesús dijo: “¿Creen que yo puedo hacer esto?” Y ellos respondieron: “Sí, Señor”. Luego tocó sus ojos y dijo: “*Conforme a vuestra fe os sea hecho*” (Mateo 9:28-29).

James M. Barrie escribió: “La razón por la cual los pájaros vuelan, y nosotros no podemos hacerlo, es simplemente porque tienen una fe perfecta, de alguna manera tenemos

que obtener los medios para llevar adelante esa fe. Los hermanos Wright tenían verdadera fe en que los hombres podían volar y desarrollaron las alas. Cuando le pedimos a Dios y cuando le pedimos con fe, inmediatamente sacamos nuestra mente de los pensamientos destructivos de fracaso y comenzamos a desarrollar la maravillosa confianza –una triple confianza.

(1) Desarrollamos confianza en nosotros mismos. Un hombre que ha perdido su valor es una criatura que infunde lástima. Se achica ante la labor y se aparta de las oportunidades. Pero cuando cree en él, desarrolla un poder y una energía que no sabía que tenía.

Pero por otro lado, debemos recordar que confiar en nosotros mismos no es suficiente. Es bueno mientras funcione pero no es suficiente. Nos gusta citar el poema de William E. Henley: “Invicto”, el cual habla sobre su “alma invicta”; cómo bajo circunstancias adversas no se dio por vencido y cuán triunfantemente dijo: “Soy el amo de mi destino; soy el capitán de mi alma”. Pero al final Henley se suicidó. Hizo un buen trato, pero la confianza en sí mismo no es suficiente.

(2) También, cuando creemos, desarrollamos fe en nuestros amigos. Ningún hombre vive para sí, necesitamos sostenernos entre nosotros. ¿Por qué los hombres y las mujeres se casan? No es solo por la relación física. Los seres humanos tienen necesidades más profundas que las físicas, y la verdadera fe nos llevan a creer en la bondad y en la

confiabilidad de otras personas, y a fortalecer nuestras amistades. Pero tenemos necesidades que los recursos humanos no pueden suplir. Y de esa forma:

(3) La verdadera fe no solo nos conduce a la autoconfianza y a confiar en otros, también nos lleva a tener fe en Dios. La Biblia dice: *“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”* (Hebreos 11:6). De modo que, para la persona de fe, la filosofía de vida “intenta pidiendo a Dios” tiene un gran significado.

La mejor definición de la oración que conozco está en el catecismo de Westminster “La oración es ofrecerle a Dios nuestros deseos por cosas que estén de acuerdo con su voluntad”. Eso los centra en Dios y en su voluntad. Pero también, permite el lado humano de la oración, es decir, “nuestros deseos”. Llegamos a confiar en la habilidad de Dios, en sus propósitos y en sus juicios, cualquiera sea la respuesta a nuestras oraciones, esa es la respuesta que queremos.

Así el cristiano no solo pide a Dios, sino las añadiduras “en el nombre de Cristo”. Pedir en el nombre de Cristo es pedir en el espíritu de Cristo. Significa hacer la oración que Cristo haría, si estaría en nuestro lugar. Significa que queremos conocer la mente de Dios y el espíritu de Dios, así como Cristo la conoce. Y significa que nuestra vida está comprometida con la voluntad y los caminos de Dios, así como la vida de Cristo lo estuvo. La verdadera finalidad de la oración no se obtiene de Dios, a menos que nos brindemos a Él.

Esperamos que este libro  
haya sido de su agrado.  
Para información o comentarios,  
escribanos a la dirección  
que aparece debajo.

*Muchas gracias.*



---

info@peniel.com  
www.peniel.com